

LECTURAS

Francisco Abad
UNED
A Carmen Garrido

I. A PROPÓSITO DE CARLOS GARCÍA GUAL «*LA SECTA DEL PERRO*»

(Madrid, Alianza Editorial, 1987)

Este volumen consta de un ensayo preliminar más del texto de las «Vidas de los filósofos cínicos» de D. Laercio traducidas y anotadas, estando todo ello a cargo de Carlos García Gual. En conjunto es un libro no ya útil sino instructivo, en cuanto lleva a unas lecturas que nos enriquecen por iluminar con lucidez realidades de la vida humana.

García Gual subraya la idea manifestada por Diógenes el Cínico, al decir que de la filosofía había sacado «el estar equipado contra cualquier azar»; él en efecto tuvo el temple de un mordaz comentador de las cosas e ingenio burlón, del audaz denunciador de todas las convenciones, según concreta su certero comentarista.

La ética de Diógenes hemos de considerarla individualista y libertaria, pues ciertamente busca la conquista de la libertad propia en cuanto objeto de la sabiduría; se trata de una libertad surgida de haberse despreocupado de las convenciones establecidas, y de la franqueza en la expresividad y el uso de la palabra.

En el caso particular de Crates, cabe decir además que alentó el disfrute de las satisfacciones pequeñas que pueden extraerse, con sensibilidad y racionalidad, de las cosas de la vida diaria.

Carlos García Gual destaca además la impronta del cinismo en la tradición literaria, que puede comprobarse «en la difusión de géneros como la sátira, en procedimientos cómicos como la parodia». Así, un escritor afín al cinismo fue Luciano de Samósata, cuyas obras recogieron y reelaboraron tópicos y enfoques cínicos.

El temple cínico en literatura, destaca en fin García Gual, provoca a risa y recuerda con las sátiras y parodias «que el hombre no sólo es el animal que ríe, sino también... el más ridículo y risible de los animales».

De los textos mismos sobre los primeros filósofos cínicos, podemos destacar también algunas de sus apreciaciones centrales. Antístenes hacía residir la virtud en los hechos y el esfuerzo, no en los conocimientos ni en la vida convencional; resulta así que «los nobles no son sino los virtuosos», y las personas de bien son dignas de amor y parientes entre sí.

El talante de Diógenes el Cínico lo establece Diógenes Laercio cuando dice: «Afirmaba que oponía al azar el valor, a la ley la naturaleza y a la pasión el razonamiento»; la decisión de la fortaleza propia y el saber vivir sin las convenciones que coarten las tendencias espontáneas del ser humano, resultan en efecto proclamas de la filosofía de Diógenes de Sinope.

Ante la conciencia de este autor resaltaba —según decía él—, que los hombres no compitan en ser honestos, y que al conocer a una persona nos contentemos con su aspecto o apariencia exterior.

Quienes buscan sólo la fama aparental eran para Diógenes meramente unos superdesgraciados, mientras «los hombres buenos son imágenes de los dioses»; la fama, los honores superficiales, la nobleza de estirpe, no consisten muchas veces sino en «adornos externos del vicio».

Crates subrayó la limitación humana, advirtiendo cómo no resulta posible encontrar a alguien sin defecto, al igual que en una granada siempre encontramos granos malos. Él manifestó que se protegía de la Fortuna teniendo como patria a la pobreza y el anonimato.

Los filósofos cínicos nos legaron como doctrina distintos pensamientos que podemos seguir en sus Vidas, tal como las trazó Diógenes Laercio. Entre sus ideas están la de finitud y frustración humanas pero a la vez la nobleza de todas las personas virtuosas; la de la felicidad alcanzable sabiendo vivir naturalmente, fuera de las convenciones y prejuicios y de la desgracia de la vorágine superficial; la de la sensibilidad e inteligencia profundas como valores deseables, y la de la serenidad y la fortaleza lúcidas ante la desventura.

Desde esta actitud el talante cínico denuncia en literatura las ridiculeces de los hombres, las formas de opresión social o mental que los vuelven desgraciados.

Como apuntábamos antes, el presente trabajo bien hecho por Carlos García Gual no sólo posee interés erudito, sino que nos transmite un contenido bello y vital. García Gual prosigue con él una trayectoria de estudiosos incansable.

II. LAS ESTRUCTURAS NOVELÍSTICAS DE LA PICAESCA Y DE «THE GRAPES OF WRATH»

En su trabajo sobre las estructuras de la novela actual, el desaparecido profesor Mariano Baquero razonaba con acierto así:

- a) El viaje es un motivo y hasta un tema novelesco, pero también una estructura que organiza episódicamente el material de la narración.
- b) El «Bildungsroman» o novela de aprendizaje supone «la historia de una educación, de un irse haciendo un hombre, de las experiencias, sacrificios, aventuras, por las que viaja hacia la búsqueda, la conquista de su madurez».
- c) Una modalidad de «Bildungsroman» es la picaesca española; el *Lazarillo* tiene no poco de irónico (sarcástico, diríamos nosotros) «Bildungsroman».
- d) «En *Las uvas de la ira* de Steinbeck encontramos la estructura del viaje, pero no la del Bildungsroman».

En efecto estamos ante dos tipos de estructura novelesca: la que tiene al viaje como un tema o motivo —y hasta como estructura— para la argumentación, y la propia de la novela picaesca y la novela cervantina, en las que lo que ocurre en ellas supone asimismo el propio hacerse de los personajes.

Menciona Baquero en concreto la obra de Steinbeck, y a este respecto vamos a ocuparnos ahora de «Las uvas de la ira», precisando bien cuál es su modo específico de estructura narrativa, la manera individualizada de estar compuesto tan amplio relato; ilustraremos así un caso literario en que el viaje aparece como tema y como estructura de la narración.

The Grapes of Wrath consta, por debajo de todas las peripecias que en ella ocurren, de dos acciones, es decir, que su trama está organizada a modo de dos acciones globales que se suceden la una a la otra. La primera acción que linealmente ocupa los capítulos de la novela va desde el momento inicial narrativo hasta el capítulo octavo, y consiste en que Tom Joad vuelve con su familia al salir de la cárcel; luego los restantes veintidós capítulos dan lugar a la segunda acción novelesca, la de los viajes de la familia en busca de su subsistencia. Se trata, como decimos, de dos acciones o peripecias narrativas que ocupan sucesivamente el todo lineal de la novela.

Los primeros ocho capítulos dan lugar a un relato que —se diría— vale por sí mismo: nos hallamos ante el relato acabado de unos hechos. Arranca

la acción de un estado de «desorden», con el «orden» inicial roto, ya que Tom se encuentra en la cárcel por homicidio; los capítulos primero al octavo de la novela estarán ocupados por la recomposición de ese orden, recordando Tom Joad su libertad. De una carencia se pasa a un logro, y en el relato de esa tarea consiste la acción inicial (primera de las acciones) de la novela de Steinbeck.

Efectivamente partimos en el relato de los hechos de un estado inicial atribulado que se va recomponiendo, al quedar liberado Tom de la prisión por buena conducta. Cuando se vuelve a reunir con los suyos podrá exclamarle a su padre: «I'm paroled. I'm free. I got my papers».

La segunda acción narrativa del texto de John Steinbeck ocupa los restantes capítulos noveno a trigésimo. Se arranca también ahora de un estado inicial de «desorden», pues el grupo familiar de los Joad se encuentra con que no tiene maneras ni posibilidades de subsistir, y ha de cumplirse por tanto una nueva empresa del «héroe» que recomponga tal situación atribulada. Nos hallamos ante un «héroe» de la narración que es ahora colectivo (toda la familia Joad) y ante su tarea, en el relato de la cual consistirá la narración: el viaje en busca de trabajo que permita subsistir.

La segunda acción consta pues de unas tribulaciones iniciales, y de los trabajos del héroe (sus viajes) por superarlas, pero esta acción no tiene un logro o final feliz como la primera, ya que los Joad no acaban por asentarse establemente, e incluso no realizan un solo viaje, sino que la acción novelesca consta de varios viajes distintos parciales que de hecho no suponen ninguno de feliz término. Además la no conclusión feliz de esta segunda acción hace que igualmente acabe rompiéndose el buen final que había tenido la primera, pues en el capítulo 26 Tom vuelve a separarse de su familia al tener que huir y esconderse.

El viaje que ocupa la segunda acción novelística no acaba con un logro o éxito; Steinbeck parece sugerir que tal como son las cosas para sus protagonistas no pueden arreglárselos: los protagonistas se encuentran en una situación dada insoluble, y por eso en definitiva el «trabajo del héroe» novelístico carece de final feliz. La segunda de las acciones del relato está integrada por viajes parciales e indefinidos que en definitiva no pueden tener fin; en efecto ocurren esos viajes parciales del capítulo 10 al 20, del 22 al 26, dentro del 26, del 26 al 30, y dentro del 28.

La segunda acción novelística resulta pues rota siempre, e incluso en el transcurso de tal acción queda también desbaratado múltiplemente cuanto había supuesto la primera, ya que el orden recompuesto en ella se quiebra; no sólo encontramos la forzada huida de Tom, sino que en realidad todo el clan familiar se va desintegrando progresivamente con la muerte del abuelo (capítulo 13), el abandono de Noah y la muerte de la abuela (capítulo 18), la huida de Connie (capítulo 20), y el niño muerto al que da a luz Rose (capítulo 30).

Al fracaso de los protagonistas en la situación dada en que se mueven,

contrapone John Steinbeck una idea del hombre en cuanto plenitud creadora y personal. El hombre es hacer cosas y hacerse, según se nos dice en un momento:

The causes are a hunger in a stomach, multiplied a million times; a hunger in a single soul, hunger for joy and some security, multiplied a million times; muscles and mind aching to grow, to work, to create, multiplied a million times. The last clear definite function of man—muscles aching to work, minds aching to create beyond the single need—this is man. To build a wall, to build a house, a dam, and in the wall and house and dam to put something of Manself, and to Manself take back something of the wall, the house, the dam; to take hard muscles from the lifting, to take the clear lines and form from conceiving. For man, unlike any other thing organic or inorganic in the universe, grows beyond his work, walks up the stairs of his concepts, emerges ahead of his accomplishments. This you may say of man.

De acuerdo, pues, con el fondo de ideas que se nos quiere transmitir y con la propia acción narrativa está el título de la novela: las uvas, señal de la hartura (así aparece este motivo en los capítulos 9 y 10), se hacen metáfora de la ira, ya que la ira de la gente, al igual que la uva irá creciendo hasta su desbordamiento: «In the eyes of the people —escribe Steinbeck— there is the failure; and the eyes of the hungry there is a growing wrath. In the souls of the people the grapes of wrath are filling and growing heavy, growing heavy for the vintage».

A la idea del hombre en cuanto plenitud creadora y personal, contrapone *The Grapes of Wrath* el fracaso de unas gentes en una situación dada, fracaso insoluble en tal situación que se traduce novelísticamente en la ausencia de logro tras las acciones narrativas, en el «desorden» que es imposible recomponer al «héroe». El título del relato, coherentemente, anuncia el límite hasta el que habrá de moverse la situación dada.

Podemos incluso señalar que al hacer filme la novela, John Ford ha seguido su esquema de trama argumental, de la que también se deduce en la película un alegato en favor de lo humano y de las gentes intrahistóricas. Desde luego toda la riqueza y connotatividad semántica del texto novelístico, se pierde en parte en el filme.

III. SOBRE EL LEONESISMO DEL LIBRO DE ALEXANDRE

La lectura de las varias ediciones que en estos últimos años han ido saliendo del *Libro de Alexandre*, despierta de nuevo el problema de la lengua

original y la cronología del texto. Menéndez Pidal defendió tempranamente que era el leonés el dialecto propio de su autor; medio siglo más tarde, Emilio Alarcos Llorach concluía respecto del *Alexandre* al hacer la tesis doctoral: «Su lengua original era el dialecto castellano, aunque con algún arcaísmo precastellano».

Joan Corominas da el texto como escrito hacia 1250 en el oeste de León, e indica que a pesar del libro de Alarcos sigue creyéndolo leonés Menéndez Pidal; Fernando González Ollé por su parte lo recoge en tanto un poema de hacia 1249.

Hoy se sostiene a veces sin más, que las copias conservadas del Libro muestran una sustancial modernización del texto y su dialectalización; dar por resuelto no obstante el problema de esa dialectalización en los manuscritos no cabe razonablemente hacerlo. Estamos ante un asunto disputado, y los argumentos propuestos por Pidal y por Alarcos deberán repasarse uno a uno, prosiguiendo en su misma dirección y aumentándolos si es posible; nada más que tras esto puede con alguna verosimilitud llegarse a una propuesta fundamentada acerca de la lengua original del *Alexandre*.

Don Ramón Menéndez Pidal señalaba en *El dialecto leonés* cómo en el Libro resulta frecuente que el pronombre personal proclítico vaya separado del verbo (construcciones del tipo «si lo assi fezieres»); luego al reseñar la publicación del manuscrito de París por Morel-Fatio fue enumerando los que creía leonesismos primitivos del texto, a saber:

- a) El artículo *elo, ela, elos, elas*, aunque «*O* pone algún *elo, ela* que no es del autor».
- b) El infinitivo personal, al uso gallego-portugués.
- c) La tendencia a la terminación —*io* —*ia* átona.
- d) Los infinitivos en —*er*.
- e) El plural femenino —*es*, en vez de —*as*.
- f) El diminutivo en —*ín*, —*ina*.
- g) La falta de diptongación de la *o* breve ante *nt*.

Menéndez Pidal concluye «que el manuscrito *O*, a pesar de la intervención de uno o más copistas del Oriente de León o de la misma Castilla, conserva bastantes más huellas del habla original de Juan Lorenzo, es decir, del leonés occidental».

A todo esto Alarcos objeta —por ejemplo— que en los documentos que recogió Staaff «sólo aparecen dos terminaciones átonas —*es*», lo que real-

mente nos parece un indicio a favor del leonesismo del *Alexandre*, dado que la misma pequeña proporción aparece en los documentos y en nuestro texto.

Alarcos señala asimismo cómo distintos fenómenos presentes en él (las interpolaciones entre el pronombre proclítico y el verbo, y los rasgos antes enumerados en a), f) y g)), ocurren en Castilla también; no obstante, creemos que tal coincidencia en algunos hechos de leonés y castellano no quiere decir que el *Libro* no sea originalmente dialectal occidental. Sobre una coincidencia o fondo que puede ser común, parecen destacarse en el *Alexandre* huellas leonesas occidentales.

En síntesis queríamos advertir en esta Nota cómo no puede darse por resuelto —aunque a veces se haga así—, el problema de la lengua original del *Libro de Alexandre*, y por tanto no puede dejarse sentada la dialectalización experimentada por las copias. En segundo lugar subrayamos cómo deben tenerse en cuenta las objeciones hechas a la argumentación de Menéndez Pidal, aunque tales objeciones no siempre parezcan serlo; nuestro texto presenta una análoga frecuencia de algún uso con los documentos leoneses, y ofrece en sus usos rasgos asimismo leoneses, aunque sea con otras coincidencias.

El *Libro de Alexandre* en definitiva, se nos presenta en tanto un texto aún muy necesitado de análisis tanto filológico como lingüístico y literario. Algunos dicen que «menos semiología y más filología»; nosotros en este momento creemos que resulta oportuno decir, quizá con mayor justicia: «menos mala semiología, y más buena semiología y buena filología».

Por lo que respecta en fin a su datación, el *Alexandre* se encuentra bastante más próximo al *Poema de Fernán González* que a Gualterio de Châtillon; desde luego no parece muy de primeros de su siglo. A la cronología relativamente atrasada que sugieren —según hemos recordado— Corominas y González Ollé se suma López Estrada, quien lo sitúa hacia 1240.

Un hecho que apunta Lapesa es el del castellanismo debido al propio registro literario usado; en este caso nos encontramos con que el origen dialectal lateral resulta compatible con un dominio de formas castellanas: «El hecho de que autores y copistas —mantiene en efecto Lapesa— no generalizasen sus espontáneos usos dialectales, muestra cómo la recitación de poemas épicos,... había afirmado el predominio del castellano sobre sus vecinos,... que desde el primer momento evitan manifestarse plenamente en la literatura».